

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR  
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA EN LA ESCUELA  
MILITAR CON MOTIVO DEL JURAMENTO DE  
BANDERA DE LOS NUEVOS CADETES**



Es esta la última vez que concurre con el carácter de comandante de las Fuerzas Armadas a una ceremonia conmemorativa de las glorias del ejército colombiano, y a una nueva jura de bandera. Muchas veces he tomado ese juramento a los cadetes de las diversas escuelas, y, desde luego, aquí mismo. Nunca perdió para mí su significación inmarcesible y su capacidad emocional. El juramento que acaba de prestarse es un compromiso de servicio excepcional y al mismo tiempo rompe los vínculos ordinarios de los jóvenes cadetes con el resto de la sociedad civil, a cuya defensa se consagran.

Desde este momento comienzan a entrar en una vida dura y arriesgada. Pero, sobre todo, se va a exigir de ellos mucho más de lo que se pide a los demás colombianos. En muy poco tiempo serán subtenientes cuando sus antiguos compañeros de juegos y estudios estarán en los primeros años de Universidad. Pero al recibir ese primer grado de militares en servicio activo con él asumirán responsabilidades gravísimas, las más pesadas que pueden tocar a un hombre, relacionadas con su propia conducta y la de sus subalternos, cuya propia existencia se entrega a las juveniles manos. Y estarán colocados ante una comunidad que no tendrán consideración ni

de la edad, ni de la inexperiencia, ni de las naturales flaquezas de la juventud, y que pedirá que su comportamiento sea intachable, larga su moderación, ilimitada su serenidad, heroico su valor, reflexivas todas sus decisiones, así sean instantáneas y vitales, como si se tratara de soldados veteranos. Por su manera de proceder en cualquier situación, se pretenderá juzgar ligeramente a la institución a que pertenecen. Y tan exorbitantes exigencias se harán a muchachos que a esa edad, de ser civiles y estudiantes, tendrían para todas sus faltas condescendencia y el benévolo amparo de un ambiente tolerante con sus caprichos, desórdenes y ligerezas. Así es de dura desde el primer momento, la carrera que ustedes han escogido y a la cual se vinculan ahora con una promesa que tiene por testigo único a la patria.

En tiempos recientes fue muchas veces necesario, al transformar a los alféreces en subtenientes, destinarlos inmediatamente a misiones de orden público, en las cuales se convirtieron en protagonistas del absurdo drama de la violencia, en donde no se ha omitido a los colombianos un solo padecimiento, una sola crueldad, un solo horror. De todas maneras, y aún ahora, no están exentos de cumplir, más tarde, esas ingratas tareas que ponen por igual

a prueba la resistencia moral y la física, pero siempre serán demasiado jóvenes para tan amargas experiencias. No se si todos nuestros compatriotas han meditado sobre esa condición de la vida militar, sobre todo cuando están a punto de formular críticas a actuaciones castrenses, y si se olvidan de la necesidad esencial de una institución armada de acelerar la madurez intelectual y moral del soldado y el oficial subalterno para que se aproveche intensamente el mejor momento de su rendimiento físico. Y si cuando hablan de los soldados se olvidan de que son casi unos niños y apenas un poco mayores que ellos los subtenientes que los comandan. Solo una rigurosa organización y una disciplina muy rígida, además de una educación como la que da esta Escuela Militar, puede lograr el milagro de que estos muchachos tengan y cumplan bien el encargo de velar por la seguridad de Colombia y la de cada uno de sus conciudadanos, luchando contra criminales audaces y endurecidos en su inicio oficio.

En este Día del Ejército se unen ustedes a las Fuerzas Militares de Colombia con un juramento inolvidable. La bandera es el símbolo de la nación

republicana, que está constituida en concordancia con un orden de derecho que ustedes tendrán la misión de defender y la obligación ineludible de respetar. Si, como lo han oído de sus maestros y superiores en esta escuela, se someten con entereza a todas las privaciones, fatigas, limitaciones y sacrificios de su gloriosa carrera, Colombia se verá enaltecida una vez más por la conducta de sus Fuerzas Militares. La gravedad de la decisión que han tomado de servirla en esta forma, es decir, militarmente, reside en que cada minuto de su carrera, hasta el término, por el retiro o la muerte, pueden ustedes causarle daño irreparable a la patria, con lo que hagan o lo que omitan. No ocurre así a los demás colombianos, cuya conducta en la mayor parte de las ocasiones es indiferente para la historia. La de ustedes no. La dureza e inflexibilidad de una vida así dedicada a Colombia se compensa con el honor, la cercanía de la gloria, la certidumbre de estar sirviendo. Estoy seguro de que ustedes entienden lo que ello significa, y ojalá que sus compatriotas lo aprecien en idéntica medida, rodeando a las instituciones militares de la república del respeto, el afecto y la gratitud que merecen.